

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

38

ABRIL-JUNIO

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México. D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior	dls. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
Margo Glantz	<i>La dimensión americana en Antonio Caso</i> 255
Bernabé Navarro B.	<i>Vasconcelos, profeta de América</i> 269
Juan Hernández Luna	<i>Imagen de América en Alfonso Reyes</i> 291
Raúl Cardiel Reyes	<i>El ser de América en Agustín Yáñez</i> 301
Francisco López Cámara	<i>La ontología americana de Edmundo O'Gorman</i> 323
Rafael Moreno	<i>Gaos y la filosofía hispanoamericana</i> 339
Leopoldo Zea	<i>La historia de las ideas en Hispanoamérica</i> 365
Risieri Frondizi	<i>Tipos de unidad y diferencia entre el filosofar en Latinoamérica y en Norteamérica</i> 373

	Págs:
José Ferrater Mora	<i>El problema de la filosofía americana</i> 379
Patrick Romanell	<i>Una visión de las dos Amé- ricas</i> 385
Filmer S. C. Northrop	<i>Los factores genéricos y di- ferenciales en la cultura panamericana</i> 393
Louis O. Kattsoff	<i>"Filosofía americana": un adjetivo ambiguo</i> 403
Herbert W. Schneider	<i>La emigración de ideas ha- cia América</i> 411

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Emilio Uranga	<i>El Existencialismo.</i> (Norberto Bo- bbio.) 415
Augusto Salazar Bondy	<i>Da filosofia.</i> (Pero de Botelho.) . 418
Luis Villoro	<i>La filosofía actual.</i> (Inocente Ma- ría Bochénski.) 422
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>El arte como experiencia.</i> (John Dewey.) 426
Elena Orozco	<i>Psicoanálisis y Existencialismo.</i> (Viktor Franklt.) 428
Alfonso Zahar Vergara	<i>Oración en elogio de la jurisperu- dencia.</i> (J. B. Balli.) 435
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filoso- fía y Letras 439
Rafael Heliodoro Valle	Notas y noticias de América . . . 443
Publicaciones recibidas 459
Registro de revistas 460

LA DIMENSION AMERICANA EN ANTONIO CASO

1. *La idea de América*

Entre la fecunda obra de Antonio Caso hallamos, un poco desperdigado, todo un repertorio de pensamientos sobre la realidad de América. Varios de sus artículos periodísticos y algunos discursos están dedicados por entero a ese tema. Sin embargo, *podría creerse que, debido a la falta de secuencia en sus meditaciones que vieron la publicidad, el maestro sólo se preocupó por el problema americano en una forma accidental y a manera de simples opiniones acerca de soluciones probables.*

Nada de esto; para el filósofo mexicano, América constituyó una idea cabal, coherente, surgida de la *visión que le produjo la consideración serena del pasado histórico del Nuevo Mundo y la reflexión sistemática de su porvenir.* Al problema fundamental que inquiere por el ser americano, Caso trató de ofrecerle una respuesta completa que resolviese, al mismo tiempo, los diversos problemas secundarios que implican el planteamiento de aquél. De este modo América abandona su situación de incógnita misteriosa y se perfila como una dimensión vigorosa revelada en la comprensión consciente de la plenitud de su ser.

América no tiene significación fuera del mecanismo de la historia; pero ésta no es entendida como una historia particular, propia, sino como una totalidad universal que engrana las culturas de una misma trayectoria. La realidad americana no puede escapar a este principio; sólo formando parte de la cultura occidental que le heredó el ser, puede cobrar su sentido específico y ocupar su puesto en el marco de la historia.

No es América sólo un pasado sangriento y necio. Es, por encima de sus escombros horrosos, posibilidad colocada en el futuro, realización dinámica de la dialéctica interna de la historia, síntesis probable de la

integración de la cultura; apogeo de la civilización, pero también remozamiento de ella. La trascendencia de América no puede consistir en la desolación y en el escepticismo de su pasado inseguro, sino en el desiderátum prometedor de su futuro. Y el futuro de América es salvación, inmortalidad, de la cultura de Occidente: "Si el progreso se contuviera en un mundo se arraigaría mejor en el otro. América asegura a la civilización su inmortalidad." Tal fué la idea que se formó el filósofo del mundo americano.

2. *El significado de América en la cultura universal*

América tiene un destino glorioso, y ello se debe a su introducción en la obra de la cultura latina con el Descubrimiento y la Conquista española. Si con la primera gran tarea de la latinidad —el Renacimiento— se aseguró para siempre la libertad del pensamiento, con el Descubrimiento se afirmó la posibilidad de integración de la historia, al completar la geografía del planeta. La civilización halló su compuerta salvadora al descubrir el Nuevo Mundo, ampliando así el horizonte de las ciencias y la comprensión de las cosas: "... por el segundo (el Descubrimiento) se completó la posibilidad material de la Historia... cuantas disciplinas científicas fundamentales se desarrollarían más tarde, merced a la mejor inteligencia de las cosas del mundo y sus atributos, derivan del Descubrimiento."¹ Pero América no es tan sólo facilidad para el desarrollo de la civilización, sino salvación de ella. La desintegración de la cultura es probable y consecuente con su propia vida, inherente a la dinámica de su ser. En su descomposición, la cultura europea sólo podrá salvarse de la bancarrota total, en la capacidad de América como futuro histórico de afirmación. El Continente Americano habrá de librar los riesgos del viejo espíritu europeo al continuar su trayectoria precisa, rejuveneciendo la vitalidad de su corriente cultural: "Si el progreso se eclipsara en el mundo antiguo, resucitaría en nuestro universo americano. Hay que creer que América asegura el auge definitivo de la civilización."²

1 "La cultura latina y nuestra América", en *Discursos a la nación mexicana*, pp. 12 y 13.

2 *Op. cit.*, p. 12.

No es, sin embargo, América, una simple y atenta depositaria servil de los valores de la civilización europea, sino una confirmación y un perfeccionamiento de ellos. Unicamente con la colaboración americana, al fundir con Europa sus elementos propios y aportes nuevos, se alcanzará la totalidad del desarrollo histórico. Con el Descubrimiento se representa a la vez la continuidad de la cultura y el entronizamiento de América con ella, y el sentido personal, íntimo, que adquiere el Nuevo Mundo para su propio ser y su particular destino, al recibir el bautizo representativo de la Europa renacentista. Así, el Descubrimiento contiene dos significaciones: por parte de Europa, la salvación de su patrimonio cultural; por lo que toca a América, el elemento de su individualidad y la determinación de su papel en el espectáculo de la historia. "Es tan grande la significación del Descubrimiento de América para la civilización universal, que me parece caber propiamente en los términos de esta sencilla enunciación: no es América un nuevo teatro accesorio de la cultura europea, sino el asiento natural de su desenvolvimiento más firme; no es algo extrínseco y accidental, sino elemento imprescindible de su desarrollo. Sin América como una nueva patria, las posibilidades de éxito de la cultura de la humanidad se habrían disminuído considerablemente." ³

No obstante, la entidad americana no quedó determinada con el mero hecho del Descubrimiento, y su importancia no se circunscribió sólo a este factor. La autonomía de América empezó en el Descubrimiento, pero no se agotó con él. Fué necesaria la obra de la Conquista española para remitirnos a la secuencia de la cultura latina. Si el Descubrimiento introdujo la totalidad de América en el convivio de la cultura universal, la Conquista nos definió como producto del espíritu latino. España trazó los límites de un peculiar mundo americano, del Bravo para abajo: "... la significación de la Conquista nos refirió para siempre a la cultura latina." ⁴

La deuda de América con la cultura latina es inmensa. A ella le debe su ser y su sentido; de ella tomó sus formas y sus determinaciones. La historia de Hispanoamérica sólo se explica situándola en el marco de los grandes aportes de la latinidad a la cultura general. Con el Renacimiento se hizo posible la raza latinoamericana, se dibujaron sus rasgos, se asen-

3 "El Descubrimiento de América", en *Discursos a la nación mexicana*, 1922, p. 36.

4 *Nacionalidad y humanidad*, en "El Pensamiento de América", vol. XI, 1943, p. 169.

tarón sus características. La realidad americana surgió y se conformó con el Descubrimiento, y su liberación jurídica y moral la recibió de la Revolución francesa. América significa la síntesis y el resultado más acabado de la cultura latina. "... nuestra América latina es resumen de los tres grandes elementos de cultura: El Renacimiento que nos dió a Colón; el Descubrimiento que nos deparó a Magallanes, Núñez de Balboa, Álvarez Cabral, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, y la Revolución que engendró en América las figuras inmortales de Hidalgo, Bolívar y San Martín. Somos el fruto de la más original y audaz síntesis histórica." ⁵ "El conocimiento del hombre, que los humanistas iniciaron, lo perfeccionaba el del mundo, que llevaron a cabo, de consuno, portugueses y españoles, descubridores y conquistadores... Así como el Renacimiento fundó nuestra raza, la Revolución engendró nuestra autonomía." ⁶

3. El "pecado original"

América, como reunión de naciones independientes, contiene políticamente un error de origen. Y es probable que el pecado se remonte a España misma. A la falsa erección de nuestras constituciones, surgidas de fuentes alejadas de nuestra realidad social, cabría unir en la culpa la improvisación que hizo España de nosotros. Inconsciente, el país de Cervantes levantó naciones donde sólo había disparidad de culturas diferentes y encuentro de razas diversas; donde había únicamente amontonamiento de elementos disímboles y contradictorios: "Los españoles son improvisadores admirables. Lope, dice Menéndez y Pelayo, improvisaba dramas como Raimundo Lulio improvisó sistemas filosóficos; como —añadiremos nosotros— España misma improvisó naciones. Estas naciones nuestras hispanoamericanas." ⁷

No obstante, el error no es sólo de España. Si ésta improvisó naciones en nuestro continente, no menos fuimos improvisados como repúblicas liberales por los creadores de nuestra independencia. Solemnemente se nos declaró repúblicas democráticas, pero con una premura incontenible, alu-

⁵ "La cultura latina y nuestra América", en *Discursos a la nación mexicana*, p. 14.

⁶ "Sin patria, sin raza, sin ideal", en "El Universal", abril 26 de 1922.

⁷ "El genio español", en *Discursos a la nación mexicana*, 1922, p. 26.

cinados por los ideales de la época, entusiasmados por el fuego desbordante de la libertad. Fué demasiado temprano, demasiado pronto. Éramos jóvenes, con el ideal apasionado pero sin la experiencia necesaria. Los dramáticos problemas de los pueblos de América exigían serenidad en la reflexión y tino en la resolución. Sin embargo, se nos arrojó al torbellino del federalismo democrático y se inició el amargo conflicto. "Fuimos una colonia española y nuestros mayores hicieron apresuradamente de nosotros una república federal y democrática. Somos un conglomerado de razas distintas, una síntesis un tanto abigarrada de culturas diversas... con problemas pavorosos relativos a la educación pública, a la organización de justicia, al ejercicio orgánico del sufragio." ⁸ Se creyó resolverlo todo con restringir los problemas en simples preceptos de las constituciones; se pensó agotar la solución en idealizaciones plasmadas en las normas jurídicas, sin acercarse a la realidad popular para sentir el aliento de la nación, para conocer los deseos del pueblo y la calidad del hombre. En vez de esto, se importaron preceptos fáciles y cómodos, brillantes en su formulación, pero carentes de aplicación práctica. No se pensó en lo propio, sino sólo se trasladó al papel la frase retórica y extraña. "Estos pueblos de América no se organizaron políticamente llevando a sus constituciones oficiales escritas atributos de la realidad nacional, reflejando en los preceptos de sus leyes las necesidades peculiares a cada sociedad... La Constitución... no nació... como expresión genuina de lo que hay en casa, sino que se pidió al extranjero, como los útiles de nuestras industrias, como las modas de nuestras mujeres encargadas a París o a New York." ⁹

Pero contra lo que se pudiera creer, no es en la Constitución democrática de los Estados Unidos donde nuestros liberales bebieron sus jugosos frutos. Las libertades logradas en las palpitaciones de las luchas políticas no son los resultados de meras copias constitucionales o de la traducción de principios legislativos de códigos extranjeros, sino de una fusión íntima y homogénea de la tradición española, altiva y suficiente, y el espíritu de liberación de la Francia enciclopedista, revolucionaria y heroica. El origen es un acoplamiento de elementos de la cultura latina y no una improvisación legislativa de naturaleza sajona. El maestro ha-

⁸ "El conflicto interno de nuestra democracia", en *Discursos a la nación mexicana*, 1922, p. 127.

⁹ "El Presidente Wilson sin Wilson", en *op. cit.*, p. 113.

blaba con satisfacción de este resultado brillante: "Nuestro Hidalgo, nuestro San Martín, nuestro Bolívar, ¿qué fueron sino legadores de las obras: la *Enciclopedia* y *El contrato social*? ¿Qué fueron nuestro Hidalgo y nuestro San Martín sino muy espirituales, muy españoles en la tradición, pero muy franceses en su cultura? . . . y de este amalgamamiento español y francés, y no de la Constitución americana, tenemos el germen de nuestras libertades".¹⁰

4. *El ideal de la raza*

Estos pueblos de América, medrosos, dubitativos, cautelosos, tienen, no obstante sus alejadas residencias, un vínculo común y un sentido propio. Unidos en un sinfín de circunstancias peculiares, hermanan sus aspiraciones en un solo lazo de intereses y ambiciones. Junto con el pasado, el futuro les promete la unidad de su destino; y en el interior de sus vidas inquietas, intuyen los hombres de Hispanoamérica la identidad de su porvenir. Existe un alma colectiva en el carácter subterráneo de los pueblos, que determina la sensibilidad y el horizonte históricos comunes. Por debajo de las aparentes divisiones, surgidas en el cohabitar permanente, subsiste un robusto lazo de reunión que concatena los intereses supremos en un semejante intento de comunión histórica: "Esta *alma de mil almas* (el alma colectiva) es la Raza, realidad que no alienta la efímera duración de la materia, sino que se perpetúa en el decurso del tiempo, creciendo y desarrollándose desde un principio y siempre en su perenne evolución."¹¹

Para Caso, esta idea sociológica adquiere vigencia en Hispanoamérica al determinar el factor que será el que resuelva la unidad de la raza. Sin embargo, tal unidad no se concluye en los límites de América; intenta rebasar las fronteras físicas y enlazarse con la entraña de la madre, completarse con ella, para integrar una sola civilización, una auténtica civilización hispanoamericana. De este modo España deja de ser algo aparte y diferente, para prolongarse en la comunidad con sus hijos: "Ya no hay

¹⁰ Discurso pronunciado en la comida literaria de "El Universal", el 17 de abril de 1922.

¹¹ "El Descubrimiento de América", en *Discursos a la nación mexicana*, 1922, pp. 46-47.

Atlántico que desuna, mar que separe, ni Océano que divida: queremos una sola *alma colectiva* suprema aquí y allá; una civilización hispanoamericana. Que diga nuestra voluntad: ¡Cúmplase el destino que iniciaron las carabelas de Colón e Isabel!"¹²

Así, en un solo golpe de intuición explicativa, el ideal de la raza se refiere a una proyección histórica, real, concreta, que asegura la comprensión de nuestro ser.

Intérprete fiel de sus pensamientos, logró el filósofo americano penetrar el misterio de la raza y arrancarle su significado, al enraizarla con la concreción del mundo en que nació.

5. *La actualidad de Bolívar*

Bolívar creyó siempre en su sueño con la certeza de aquel que ha vislumbrado el perfil de un futuro tormentoso y ha encontrado la fórmula para desentrañar el secreto de la amistosa convivencia. Caso recibió la noble herencia y le dió una apariencia actual, un contenido vivo y una proyección bien delineada. Para el maestro, la idea de la unión hispanoamericana era, a la vez, una bella promesa y una posible realidad, factible gracias al ritmo de la economía internacional. Si se hubiese realizado la magna unión —creía el filósofo—, se habría evitado el surgimiento de la peligrosa tesis monroísta y hubieran sido imposibles las nerviosas desconfianzas que han menoscabado las relaciones del mundo americano, lográndose con ello una duradera amistad panamericana. Además, el poder que representaría la organización de todas las naciones, impediría la formación de dictaduras y despotismos, cimentándose así la estructura política de Hispanoamérica al conseguirse la estabilidad y armonía de los regímenes nacionales. América, pues, realizaría su vertebración adecuada al propio tiempo que su madura independencia.

El pensamiento del maestro es firme y alentador. Sin embargo, no sólo lamenta el fracaso del libertador, sino que inquiere por las causas que lo motivaron, para no incurrir en el error de acusar superficialmente a simples acontecimientos, más o menos transitorios, llorando la desgracia de la mala suerte.

¹² "El genio español", *op cit.*, p. 31.

Como tantas otras, la culpa se encuentra en la raigambre misma del pasado de América; allí debe buscarse y no en las fugaces intrigas de la política internacional. Nuevamente es menester referir a España el último motivo de esta derrota nuestra. Las fronteras que impiden nuestra unión fueron forjadas en la involuntaria separación a que nos construyó la Madre Patria al absorber para sí el monopolio de las relaciones comerciales: "España impidió que el vínculo más recio de todos los que determinan la solidaridad social, prohiérase la proyectada unión del mundo que había hecho surgir en América, al impedir, de modo sistemático, que se estableciese un comercio regular y fecundo entre los virreinos de la Nueva España y el Perú. Cada colonia hubo de comerciar directamente con la metrópoli, pero no pudo acercarse a las demás en el trato asiduo que determina entre los pueblos el tráfico internacional."¹³ Mas si fué el comercio el que frustró la unión del mundo hispanoamericano, tarde o temprano el mismo comercio hará posible esa unión. No será sino la obra de las relaciones comerciales la que traerá aparejados los resultados que antes hizo nulos. Contradicciones que sólo se observan en la historia en su juego con la economía: "... no está lejano el día en que grandes redes de navegación marítima y aérea, y carreteras internacionales, recorran la extensión de nuestro mundo geográfico y, entonces, la lengua española será el mejor aliado de la unión económica. De la Baja California a Chile y Montevideo, se desarrollará el comercio en proporciones gigantescas, y el sueño de Bolívar encarnado en la pacífica transacción mundial, fructificará, acaso, en una obra solidaria estupenda. Al menos, ¡creémoslo así!"¹⁴

Sólo la unión borrará del espectáculo desolador de América la sombra de nuestros errores y egoísmos, acentuando el ideal de la raza en la integración demográfica y política. Pero mientras contemplemos el desorden que nos gobierna, mientras las instituciones no sean el reflejo certero de la realidad orgánica; mientras sólo imitemos las modas extranjeras que nos trae la propaganda abrumadora; mientras los hombres se arrebatan, unos a otros, el fruto de sus botines logrados en el saqueo de la riqueza pública; mientras los Estados ignoren las condiciones históricas de sus nú-

¹³ *El pensamiento de Bolívar, en "El Pensamiento de América", vol. XI, ed. de la S.E.P., 1943, p. 187.*

¹⁴ *Op. cit., p. 187.*

cleos sociales; mientras todo eso suceda, no será factible la realización más profunda y generosa de nuestro mundo.

Está, pues, el pensamiento de Bolívar, latente, actuante, vivo, como toda su obra. No fué tan sólo una idea perentoria y caduca, sino algo que ha permanecido en la ansiedad de los pueblos acongojados de nuestra América. Necesidad de ayer y de hoy; ideal permanente en las zozobras de los hombres sencillos y resignados, ignorados en el torbellino de las falsas y escuálidas filosofías que no han sabido penetrar el mecanismo genuino de la historia. El maestro acotará la actualidad de Bolívar: "Napoleón sintetizaba las energías de la Revolución Francesa en holocausto al Espíritu de Dominación, para oponerlas, así, a la fuerza insular de la Gran Bretaña. Empero, su obra se desbarató en una década; y, en cambio, la intuición de Bolívar se torna, en nuestros días, categórico imperativo de la conciencia internacional latinoamericana, tanto más urgente cuanto que se da el caso de que varios de nuestros pueblos atribulados, manchen de sangre común el desierto que no han sabido poblar, ni menos saben regir." ¹⁵

6. *El problema indígena*

Antonio Caso no vió únicamente en América el último refugio de la tradición cultural de Occidente, no se contentó con sólo indicar la feliz trascendencia de la realidad americana en el reflujo de la civilización europea, sino también se obligó a la tarea de desgranar del núcleo americano las internas contradicciones que implica su ambigua situación.

El maestro repitió infatigable su afirmación de que América carecía de ingredientes originales y autóctonos que asegurasen la peculiaridad de nuestra cultura. No hemos sido sino un desdoblamiento de la cultura europea, a la que nos asimiló España con la fuerza de la Conquista. Las culturas indígenas que florecían a la llegada de los aventureros quedaron relegadas o desaparecieron por el tropel arrollador: "Como la Conquista Española fué inexorable, la vieja cultura azteca y maya quedó deshecha entre nosotros..." ¹⁶ Sólo participando en el concierto europeo, Amé-

¹⁵ *Op. cit.*, p. 185.

¹⁶ "Catolicismo, jacobinismo y positivismo", en *Discursos a la nación mexicana*, p. 56.

rica ha construido su realidad objetiva y consistente. Pero el problema indígena no ha desaparecido. Regados por toda América subsisten fuertes grupos indígenas que todavía conservan la fortaleza de sus tradiciones y creencias. El problema indígena se ha asomado a la mente del filósofo, que parecía haber ignorado su presencia. Pero adentrémonos más en la cuestión.

Existe la creencia de que el espíritu hispanoamericano se ha fraguado en la llama del ideal heredado con la sangre indígena. Desde los primeros ensayos escolares hemos aprendido la idea popular y animosa que certifica el vigoroso idealismo de los pueblos nativos de América, que ha permanecido en la médula del pueblo mestizo hispanoamericano. Nada más falso —asienta el filósofo mexicano— y alejado de la verdad; nada más engañoso y erróneo: “Nuestro idealismo hispanoamericano no existe. Somos los pueblos de civilización europea o semi-europea más realistas de la historia. Hemos gastado nuestra vida en obras de guerra o de inhábil mercantilismo. En empresas culturales no, en labores humanitarias menos. La raza indígena no ha contado con apóstoles latino-americanos; y ¿qué mayor incentivo se podría desear para mover el celo caritativo y cristiano de valores realmente apostólicos?”¹⁷

Sin embargo, con negar la influencia de la cultura indígena en nuestro desarrollo, no se resuelve nada.

Si América pretende integrarse con la totalidad del material que le ofrece la enorme extensión de su continente geográfico, no podrá esquivar los ingentes problemas con una cómoda indiferencia irresponsable. Ciertamente que la conciencia hispanoamericana no se ha moldeado en la fusión de las condiciones europeas y los motivos indígenas; pero esto es sólo estancarse en el pasado sin allanarse a los imperativos del presente. Mientras la complejidad del problema indígena se nos presente como sombra, densa y constante, en los recodos del porvenir americano, no lograremos sortear los peligros y tentaciones que nos depara la feliz realización del último destino. Hemos de tomar al indio y fundirnos con él, amalgamándonos en un mismo cuerpo consciente, estructurado, en un supremo esfuerzo por abatir las distinciones y los beneficios privativos. Así aseguraremos nuestra cultura integral: “Hacer una patria unida y fuerte con

¹⁷ “Catolicismo, jacobinismo y positivismo”, en *Discursos a la nación mexicana*, 1922, p. 56.

ambas culturas disímiles (la española y la indígena), ha de ser la preocupación constante de nuestros sociólogos y legisladores, porque sin la unidad de raza que determina la plena conciencia de la especie y de la patria, la democracia es imposible." 18

7. *Las dos Américas*

Por encima de la agitación política de los pueblos latinoamericanos, discurre sosegada la existencia de una gran civilización, garantizada por el progreso de la máquina y el trabajo. El asombroso edificio de una nación que ha cimentado su estructura en el diario laborar y el sentido arraigado de la utilidad, irrumpe en la preocupación del maestro, que no puede prescindir del gran problema que para el porvenir de América representa la confluencia en el mismo suelo de dos culturas distintas encarnadas en dos razas diferentes: "En América sólo dos grandes razas, sólo dos culturas diversas, la ibérica y la inglesa." 19

Este cruzamiento de espíritus opuestos, implica la disyuntiva de conjugarse en una única dimensión, o la separación y resguardo de sus caracteres peculiares, amparados en el respeto mutuo. Pregúntase el filósofo que nos ocupa si la conciencia hispanoamericana debe admitir un acoplamiento dudoso con la recia armazón de la cultura sajona, o si debemos rechazar cualquier intervención suya en nuestro mundo adentrado en la corriente histórica de la latinidad. El hecho de que hayamos formado un universo aparte nos faculta para impedir toda fusión que traiga como consecuencia el desvanecimiento de nuestros rasgos esenciales. Concluye Caso que sólo en el afianzamiento de nuestras realidades internas, será posible conservar la independencia a que tenemos derecho, por un pasado que nos ha distinguido y un futuro que nos compromete. Y el maestro concluye bien, la urgencia de nuestros problemas nos constriñe a vincularnos por entero a una obra particular que no podemos negar a cambio de facilidades mercantiles. Nuestra individualidad oscura, pero firme, debe abo-

18 "La patria mexicana y la raza hispanoamericana", en "Excelsior", abril 19 de 1924.

19 "La raza hispanoamericana y la patria mexicana", en "Excelsior", abril 19 de 1927.

caros a la realización de un destino que es sólo nuestro, y que por serlo no admite componendas que únicamente acarrearían el desorden y la desorientación: "Nosotros no queremos nada de los pueblos sajones; los admiramos mucho, sí, pero somos otros hombres, somos otra raza; mantengámonos intacto nuestro perfil." ²⁰

Para acentuar más este abismo, intenta el maestro una rectificación que podría coronar la exposición de su pensamiento. Se refiere a una cuestión relativamente superficial, pero que patentiza la preocupación de Caso por defender la idea que lo conmovía.

Las barreras que entre ambas Américas han ido levantándose, se ahondan y se fortalecen mejor cada día merced a la absorción que los Estados Unidos han hecho de un patrimonio que ha sido común a todos. Los yanquis han aplicado para sí el nombre que antes era propiedad de la totalidad de los pueblos del Nuevo Mundo; América se ha restringido sólo a Norte-América. Y lo que más duele al maestro es que la misma Europa haya patrocinado monopolio tan arbitrario. Por ello exige que abandonemos el apellido América para que sea utilizado en exclusivo beneficio de los hombres del Norte, y usemos para nuestro suelo el nombre legítimo de Colombia o Bolivia, en un acto que reivindique en su derecho a aquellos que han merecido la gloria gracias al genio o a la nobleza de su obra. Colombia o Bolivia, pero no América.

De esta manera las diferencias entre ambas vidas (la sajona y la hispanoamericana) se hacen más patentes al divorciarse del mismo vínculo que las emparentaba.

A pesar, no obstante, de esas diferencias, ello no significa que ambas culturas se excluyan irreductiblemente. Por el contrario, el equilibrio entre ellas es necesario y aun saludable para la auténtica personalidad de América. El gigantesco desarrollo del pueblo sajón impele a nuestros países hispanoamericanos a salir de su pasado tormentoso para asegurar su capacidad interna, en vista de una verdadera obra civilizadora que confirme su realidad. Si es cierto que el ser se lo debe a Europa, no es menos cierto que el porvenir tiene que ganárselo sin ayuda de nadie. Frente a Europa y los Estados Unidos, Latinoamérica tiene la urgencia de bastarse a sí misma alejándose de las tentaciones que le brindan las utopías imposibles,

²⁰ Discurso pronunciado en la comida literaria de "El Universal", el 17 de abril de 1922.

que sólo han ocasionado en nuestros países una falsificada y lamentable idea de su destino. Que el acicate del gran país del Norte, piensa Caso, nos sirva para abandonar la violencia sangrienta que ha manchado de horror nuestra historia, y nos obligue a entregarnos por completo a la maravillosa tarea de realizar nuestra misión.

De este modo cifró Caso su esperanza en América, entendiéndola como algo que está por encima de las agitaciones políticas, siempre transitorias, y de las improvisaciones de baja laya; como algo que sólo responde a la sencilla meditación de aquel que intenta desentrañar su sentido y significación, asomándose por las hendeduras mohosas de la historia para interrogarle por su realidad verdadera.

MARGO GLANTZ